



Javier Puebla escritor

bajo mi sombrero

Las fiestas del libro

Cuando se acerca el mes de junio y el parque de El Retiro comienza a llenarse de tablas blancas y operarios atareados que montan casetas –todavía vírgenes e inmaculadas, susceptibles de albergar en su interior cualquier cosa– los escritores y las personas relacionadas de un modo u otro con el mundo de los libros y la literatura nos desperezamos, y echamos un vistazo a ver lo que hay en el armario, qué chaqueta o sombrero o camisa o pantalón o zapatos nos vamos a poner, pues el baile está ya a punto de empezar. Era tradición, hace algunos años ya, que la primera fiesta en la que se escuchaba rugir a la fiera, a la Fiera del Libro, fuese la organizada por *El Mundo*. Solía ser el mismo viernes que en el Paseo de Coches del Retiro se abrían las casetas blancas que los operarios habían terminado de montar y los libreros y editores llenado con sus últimas novedades, mientras –hasta los más ateos– rezaban para que hiciera buen tiempo, no hiciese demasiado calor ni –sobre todo– lloviese durante los fines de semana. Solía ser, repito, ese mismo viernes, y los editores –**Eduardo Riestra, Jorge Herralde, Miguel Ángel Matellanes, Enrique Redel**...– cerraban sus chiringuitos, saltaban a un taxi y daban la dirección de la sede del periódico *El Mundo* –excepto el año pasado que la fiesta, sospechosamente, cambió de ubicación– y allí estábamos todos ya:



Jugamos a adivinar si teníamos en la bocamanga el próximo bombazo editorial o si íbamos a tirar la toalla

escritores, comerciales, periodistas, aspirantes, cervezas, canapés, camareros, luces, el final de la tarde y el principio de la noche..., y cuando acababa: “vámonos al *Susan*”. Pero el *Susan* ha cerrado este año, no habríamos podido ir al *Susan*; aunque todavía sí al *Cock*, si se hubiese celebrado la fiesta de *El Mundo*. Su papel, sin embargo, lo ocupó una fiesta mucho más pequeña y modesta,

que se podría bautizar como la fiesta del premio de viajes de Llanes, pero que yo prefiero llamar –libertad de expresión– la fiesta de **Silvia Pérez Trejo**, esa mujer excepcional, de energía y capacidad de trabajo excepcionales, nacida en Argentina y capaz de vivir a caballo entre China, España y su país natal. Allí estábamos todos, o casi todos, aunque era jueves y no viernes, y Alfaguara iba a jugar al día siguiente a tomar el relevo a la fiesta de *El Mundo* presentando su premio anual en los jardines de Cecilio Rodríguez, pero Alfaguara lleva muchos años sin mimar como es debido a los actores del circo literario y la actitud general era de escepticismo. Por eso la fiesta del premio de viajes de Llanes, la fiesta de Silvia Pérez Trejo, se llenó hasta rebosar el local, y todos sonreíamos y nos movíamos con soltura fingida o auténtica, mirando o dejándonos mirar, que se adivinase en nuestro gesto si teníamos en la bocamanga el próximo bombazo editorial, o si íbamos a tirar la toalla, pues la velocidad de rotación en el mundo literario es brutal: sólo había una docena de autores y editores con más de diez años de antigüedad en la fiesta donde se le entregaba su premio a **Luisge Martín**. Aguanté, con una cincuentaena de personas más, hasta el final. Y aunque hablo por mí, creo que todos lo pasamos más que bien: genial. ■

www.javierpuebla.com